

V. F. NOSTRO FRANCISCO, EPISCOPO CARCASSONENSIS.

PIUS PAPA IX.

VENERABILIS Pater Saltem et Apostolicam Benedictionem. Merito gratias...
Venerabilis Pater Saltem et Apostolicam Benedictionem. Merito gratias...
Venerabilis Pater Saltem et Apostolicam Benedictionem. Merito gratias...

PIUS PAPA IX.

CARTA DE SU SANTIDAD EL PAPA AL OBISPO DE CARCASONA

Al mismo tiempo que decíamos con todo nuestro corazón y pedimos á Dios con...
Al mismo tiempo que decíamos con todo nuestro corazón y pedimos á Dios con...

A NUESTRO VENERABLE HERMANO FRANCISCO, OBISPO DE CARCASONA.

PIO IX PAPA.

VENERABLE HERMANO, SALUD Y BENDICION APOSTOLICA.

ENTRE las calamidades más aflictivas de la época que atravezamos, teneis razon...
ENTRE las calamidades más aflictivas de la época que atravezamos, teneis razon...

Para este grave mal, no hay mejor remedio que presentar al alma la esplendente...
Para este grave mal, no hay mejor remedio que presentar al alma la esplendente...

Tan pronto como las numerosas ocupaciones de Nuestro cargo, Nos han permiti...
Tan pronto como las numerosas ocupaciones de Nuestro cargo, Nos han permiti...

Al mismo tiempo que deseamos con todo nuestro corazon y pedimos á Dios con nuestros más fervientes votos, que ésta sea la recompensa de vuestros estudios y fatigas, os damos las gracias por el libro que nos habeis ofrecido, considerándolo como un elocuente testimonio del celo con que trabajais por la salvacion de las almas confiadas á los cuidados de vuestro ministerio.

Como prueba de nuestro reconocimiento y de nuestro particular afecto, os damos con amor, á vos, Venerable Hermano, á vuestro Clero, y á todos los fieles de vuestra Diócesis, la Bendicion Apostólica.

DADO EN CASTEL--GANDOLFO A 30 DE JULIO DE 1864.  
Año décimonono de Nuestro Pontificado.

PIO IX PAPA.

A NUESTRO VENERABLE HERMANO FRANCISCO OBISPO DE CARCASONA

PIO IX PAPA

VENERABLE HERMANO, SALUD Y BENDICION APOSTOLICA

Entre las cosas más raras y maravillosas de la época que vivimos, tan sólo se puede considerar como una aparición que ha descendido á tan gran número de hombres, el haberse escrito que han nacido para las cosas que acaban, hacen consistir toda su felicidad en la ejecución de todo aquello que pueda servir al aumento y perfección de la vida para hacerla más cómoda y agradable; semejantes á las plantas que se alimentan nutriendose con la bellota caída en la tierra, sin levantar jamás los ojos hacia la cumbre, olvidándose así del Altísimo divino, á cuyas creaciones deben la fructificación de sus placeres.

Tan pronto como las numerosas ocupaciones de nuestro cargo, nos han permitido leer vuestro libro, nos impresionó el deber de felicitaros, porque tanto vuestra ciencia como vuestra piedad, han sabido colocarse á la grande altura de tan difícil empresa. Quería Dios conceder muy abundantes frutos á vuestro grande trabajo, y osale que en vuestro libro de la Divinidad, como dice San Bernabé, contemplándose de toda la creación tan variada como hermosa en sus diversas formas, vayan á los ojos de los fieles á los cuales habeis consagrado vuestros trabajos, para enseñarlos á mirar más alto, buscando y amando así, al autor de todas las cosas.

muy fácil que es, en esta materia, extraviar nuestra imaginación, aun cuando sea muy piadosa, y que el medio más seguro de evitar tales extravíos, es en mi concepto, atender á las Escrituras santas, para interpretar con acierto los símbolos que se encuentran en la naturaleza. También la manifestada, que, entre las criaturas de Dios y la palabra de Dios, debía haber necesariamente una relación íntima, puesto que el mundo fue creado por el Verbo, que nada de lo que en el mundo hay ha sido hecho. De Dios podian aguardarse á dos voces tan acordes y armoniosas como que si, que cuando la creación nos presentase algún sentido más oscuro, entonces la palabra de Dios nos hablaría con más claridad, apoyando su juicio en aquellas palabras de Santo Tomás de Aquino, que dicen:

INTRODUCCION

ALGUNOS años ha que estaba en correspondencia, con una persona de grande piedad, la que deseaba hacerme partícipe por medio de sus cartas, de las impresiones cristianas que ella disfrutaba, en presencia de los objetos del mundo material.

La granja donde vivía dicha persona, está situada casi en las playas del Mediterráneo, hácia la parte en que este hermoso mar baña las primeras faldas de los Pirineos. Al aspecto de tantas riquezas como se dejan ver en nuestra opulenta naturaleza meridional, su alma se elevaba con más facilidad hácia Dios. El azul del cielo donde dirigía y fijaba sus miradas, le traía á la memoria el cielo de los Angeles y de los Santos; las olas del mar tenían para ella, diversos y magníficos himnos, que le cantaban en distintos tonos el nombre del Altísimo; y hasta en las cimas de las montañas encontraba imágenes que le revelaban su grandeza y magestad. Despues, bajando sus miradas á la tierra, los campos de trigo, las abundantes viñas y los plantíos de olivo, le recordaban aquellas palabras del Salmista: "Vos, señor, habeis multiplicado para ellos, el trigo, el vino y el aceite: esto es, el trigo de los escogidos, el vino que engendra vírgenes y el aceite que consagra y llena de alegría."

Yo fomentaba esta piadosa correspondencia, con el objeto de que mi corresponsal buscase en todas las cosas aquellas admirables armonías, entre aquello que nos es visible y lo que no vemos, y á propósito le citaba aquella palabra fundamental de San Pablo: "Que lo que es invisible en Dios, se ve y se comprende, por aquello que ha sido criado en el mundo." Al mismo tiempo le hacía notar, lo

1 Ps. IV. 8.  
2 Ad. Rom. I. 20.

muy fácil que es, en esta materia, extraviar nuestra imaginacion, aun cuando sea muy piadosa, y que el medio más seguro de evitar tales extravíos, era en mi concepto, atenerse á las Escrituras santas, para interpretar con acierto los símbolos que se encuentran en la naturaleza. Tambien le manifestaba, que, entre las criaturas de Dios y la palabra de Dios, debia haber necesariamente una relacion íntima, puesto que el mundo fué creado por el Verbo, que nada de lo que en el mundo hay ha sido hecho sin El; y que tanto la creacion como la palabra de Dios podian asemejarse á dos voces tan acordes y armoniosas entre sí, que cuando la creacion nos presentase algun sentido más oscuro, entónces la palabra de Dios nos hablaria con más claridad, apoyando mi juicio en aquellas palabras de Santo Tomás de Aquino, que dicen: "En la Escritura divinamente inspirada, las cosas espirituales, nos son descritas por la semejanza de los objetos sensibles. *Per similitudinem sensibilium rerum, in divina Scriptura res spirituales nobis describuntur.*"<sup>1</sup>

A más me extendia: si la Escritura Santa, seguia yo diciéndole, nos dá efectivamente la clave de los símbolos del mundo creado, ella misma recibe tambien una abundante luz de la interpretacion de los Doctores de la Iglesia, porque cuando se leen las luminosas obras de estos grandes hombres, no podemos ménos que admirar el cuidado que tuvieron de revelarnos la mayor parte de los misterios que se ocultan en cada palabra de nuestros libros santos. Tambien le preguntaba, si en nuestras investigaciones sobre el simbolismo del mundo material, procederiamos sábiamente dejándonos conducir por guías tan seguros; y finalmente, si como me parecia, adoptando por fundamento, de un lado la palabra de Dios, y por otro los escritos de los Padres, llegaríamos á dar la significacion simbólica pero genuina y verdadera á todas las cosas, y á reconstruir de esta manera un mundo completamente espiritual y moral, en presencia del mundo visible.

De la reunion de todos estos pensamientos, se ha formado esta obra, cuya primera parte ofrezco hoy al público.

El objeto que me he propuesto, es demasiado difícil para presentarlo á mis lectores desarrollando desde luego toda su grandeza: voy á ponerme en camino muy poco frecuentado, é ignoro por lo mismo si el lector querrá seguirme de buena voluntad.

Indiqué al principio el plan general que me he propuesto: explicar, en primer lugar, la significacion simbólica de los principales objetos

<sup>1</sup> 3<sup>o</sup> par. q. IX á IV; in C.

de este mundo visible, valiéndome de los textos de la Escritura Santa, donde tales objetos están descifrados. E interpretar, en segundo lugar, estos mismos textos, por los escritos de los Padres.

San Agustin, en su libro de la *Doctrina Cristiana*, ha puesto las bases que me han servido de regla en todo el curso de este estudio.

Grande y sublime intérprete del lenguaje figurado de nuestros Libros Santos, este célebre Doctor de la Iglesia, nos hace comprender desde luego, cómo tal ó tal objeto material, puede llegar á ser al mismo tiempo, una señal, una figura, ó un símbolo: así es que, un leño, una piedra ó un rebaño, son realmente cosas exteriores y sensibles; mas el leño que Moisés arrojó en aquella agua amarga para dulcificarla; la piedra en que Jacob reclinó la cabeza y el cordero que sacrificó el Patriarca Abraham en lugar de su hijo, son otras tantas figuras, porque significan otras cosas muy diversas, que en manera alguna les convendria, atendiendo únicamente á la naturaleza de tales objetos.

Mucho importa observar aquí, con el mismo Santo Doctor, que en la interpretacion de las Santas Escrituras, la realidad de los hechos y de las cosas, debe suponerse siempre como la base fundamental de los símbolos y de las figuras, porque de otra manera, segun el juicio del Santo, nuestro edificio quedaria construido en el aire.

Así, por ejemplo, la historia del Paraíso terrestre, que puede explicarse en sentido espiritual y figurado, supone necesariamente la verdad del hecho histórico que se nos refiere en el Génesis.

Igualmente, tampoco se puede poner en duda, que Moisés en el desierto hiciese saltar positivamente la agua de una piedra verdadera, puesto que el Apóstol San Pablo nos enseña en términos muy expresos, que esta piedra era Jesucristo.

Desde luego se advierte una línea bastante marcada, que distingue y señala las interpretaciones católicas de los antiguos errores de Orígenes, tan audazmente renovados en nuestros días por una crítica y una excgesis mentirosas.

Además, San Agustin establece este principio general asegurándonos; "que todo lo que en las Santas Escrituras, no vá á dar directamente á una leccion de moral ó á una enseñanza dogmática, debe entenderse siempre en sentido figurado."

La fecunda aplicacion de este principio, es la que ha inspirado á to-

<sup>1</sup> Aug. de Doc. Chris. I. 2.

<sup>2</sup> Serm. II, 7.

<sup>3</sup> De Civ. Dei. XIII, 21.

<sup>4</sup> De Doct. Chris. I, III et seq.

dos los Padres, tantos y tan admirables comentarios, aun sobre los más pequeños objetos de la naturaleza humana, y con la ayuda de estos comentarios he podido yo fácilmente fijarles su interpretacion simbólica.

Puesto este cimiento ante todo, observa el Santo Obispo de Hipona <sup>1</sup> "que un mismo objeto sensible, pudiendo considerarse bajo diferentes aspectos, puede tambien dar lugar á diversos sentidos figurativos. Por eso veremos que en el lenguaje de nuestros libros santos, las aguas significan igualmente, así la multitud de los pueblos cuyas generaciones se van sucediendo, á manera de las olas; como la abundancia de las gracias y dones del Espíritu Santo."

Mas no solo un mismo objeto puede referirse á símbolos diversos, sino que muy frecuentemente puede tomarse por símbolos opuestos. Por ejemplo: el Leon de la tribu de Judá, significa evidentemente á Jesucristo; y el Leon que anda al rededor nuestro dispuesto á devorarnos, nos indica con toda certidumbre al demonio.

Con tal motivo, dice San Agustin en otra parte, <sup>2</sup> que si se toman aisladamente las palabras de la Santa Escritura, viene á suceder lo que con las letras del alfabeto, que por sí solas no tienen sentido alguno, ni adquieren significacion, sino cuando se van ordenando de manera que lleguen á formar una palabra. Así, verbi gracia, con la letra D., comienzan estas dos palabras diametralmente opuestas: *Dios* y *Diablo*. Pues así tambien los objetos exteriores designados en nuestros libros santos, vienen á ser lo mismo que un alfabeto, porque solo el texto del Escritor sagrado, es el que hace, que tal y tal objeto venga á significar tal ó tal símbolo.

Además, los sentidos figurados de la Santa Escritura se dirigen sobre todo á hacer fecunda la palabra divina, para multiplicar las lecciones que esta palabra debe darnos, y esas lecciones resultan igualmente de símbolos opuestos, que un mismo objeto nos hace entrever.

Por último, nos recomienda el Santo Doctor, <sup>3</sup> que cuando la significacion simbólica de un texto, sea incierta ú oscura, recurramos para esclarecerla á textos análogos; y termina con este pensamiento, diciéndonos: Que el Espíritu Santo mismo, inspirador supremo de los Escritores sagrados, desde la eternidad, previó los sentidos diversos y aun opuestos, que tanto la sabiduría de los intérpretes, como la

<sup>1</sup> De Doct. Chr. 37 et seq.

<sup>2</sup> Serm. XXXII, 6.

<sup>3</sup> Doct. Chris. loc. cit.

piedad de los lectores, aplicarian á tal ó tal palabra de nuestros sagrados Libros; y no solo previó estos sentidos, sino que quiso con particular cuidado, que ellos nos fuesen sugeridos con todo el interés de la verdad. Y en verdad, ¿qué cosa hay más propia, nos sigue diciendo, para hacernos comprender la riqueza y abundancia de la divina palabra, sino esa multiplicidad que una sola nos revela?

¿Tendré necesidad de agregar, que no obstante lo que nos dice el Santo Obispo de Hipona, ninguna interpretacion de la Sagrada Escritura es válida ni verdadera, miéntras tanto no fuere aprobada por la Iglesia, puesto que este mismo Santo Doctor ha dicho: "si yo no creo en la Iglesia tampoco creo en el Evangelio?"

Me ha parecido necesario recordar suscintamente estas reglas formuladas por San Agustin, porque resumen en sí el pensamiento de este libro, y el método que me he propuesto seguir en él.

A cada objeto material, he indicado los diferentes símbolos que la Escritura Santa les acomoda, y si los textos sagrados no son evidentemente claros, no apoyo entónces mi interpretacion, sino en el sentir ó juicio de algun Padre de la Iglesia. Porque mi pensamiento no ha sido enumerar solamente la multitud de misterios que Dios ha ocultado en todas las cosas de este mundo, sino que, sobre todo, he querido que este libro sea para el piadoso lector un *sursum corda* continuo, esto es, un medio para estar elevando continuamente su corazon hácia Dios; y por esta razon explicando los símbolos, me elevo por medio de la oracion hasta su divino modelo; porque ¿cuántos objetos, entre los muchos que he interpretado, me traen á la memoria las perfecciones de Dios, las obras de la gracia, los sacramentos y la Iglesia! Casi todos, á juicio de los Santos Padres, nos simbolizan al mismo Jesucristo, ved aquí por qué al explicar tales objetos me ha sido fácil á la vez, el invocar al Dios de la Eucaristía; y con cuánto gozo de mi corazon veo dilatarse por la naturaleza toda, á ese Dios Altísimo que se oculta bajo los velos Eucarísticos en el fondo del Tabernáculo.

He dicho hace poco en qué consiste este estudio; mas no puedo disimular lo incompleto que vá á quedar el presente, puesto que en cada objeto me he limitado á los símbolos que me han parecido más conmovedores, y á los más propios para instruir y edificar; por lo mismo no he querido ir agrupando al rededor de cada símbolo, sino muy determinado número de textos sagrados, y por tal motivo, estoy muy léjos de haber agotado los tesoros que la admirable interpretacion de los Santos Padres vino á dar á cada símbolo.

¿Ni cómo pudiera yo escudriñar esos insondables abismos ni ménos descubrir los innumerables sentidos, que el mismo Espíritu Santo, segun la doctrina expresada de San Agustin, quiso encerrar en cada una de las palabras de las Santas Escrituras?

Verdad es, "que á la muerte de Jesucristo," como dice muy bien San Gerónimo, "se rasgó el velo de la letra para que nos fuese permitido entrar hasta el santuario, mas no obstante esto, jamás podremos penetrar desde aquí abajo, todos los misterios de la Jerusalem celestial, ni ménos verla tal cual es en sí: <sup>1</sup>" sin embargo, creo que este estudio llegará al fin que me he propuesto.

Tal vez, la naturaleza criada jamás habrá recibido tantos homenajes como en nuestros días: mejor estudiada por la ciencia moderna; más bien sentida, y en gran manera interpretada por nuestros poetas, y mucho más apreciada en la actualidad, puesto que ella sola parece ser el sociógo y el reposo de la vida, está ejerciendo sobre los espíritus y los corazones un imperio casi absoluto, porque cautivados como estamos por los objetos visibles, fácilmente nos hemos olvidado de sus profundas y misteriosas significaciones. La creacion ya no es para nosotros otra cosa, mas que un espectáculo lleno de belleza, y de encantos; y ha dejado de ser, como debia, una revelacion: el *naturalismo* de nuestro siglo, insultando á la *misma naturaleza*, ha roto los vínculos que la ligaban y unian al mundo *sobrenatural*. Por lo mismo, pretendo ahora reanudar esos vínculos, y al efecto, pregunto á las cosas creadas aquellas enseñanzas que Dios ha puesto en ellas; y creo que serán mejor acogidas, siendo dadas por la misma naturaleza, que sabe presentar tales enseñanzas de un modo tan elocuente á nuestros ojos.

Al escribir estas páginas, he tenido sobre todo en mi pensamiento, á las almas verdaderamente cristianas, á esas almas que en este valle de lágrimas, no cuidan mas que de elevarse como por grados hasta la cima de la montaña de Sion; á esas almas buenas, que al aspecto de las cosas terrestres, no dejan alguna vez de turbarse y de afligirse preguntando llenas de angustia, "¿dónde está mi Dios?" para que leyendo estas páginas vean que su Nombre Bendito, está escrito en la frente de cada criatura, y repitan con Jacob: "Aquí está el Señor, y yo no lo sabia: <sup>2</sup>" á esas almas, en fin, que tienen todas sus delicias en la palabra de Dios, que la prefieren á los entretenimientos del mundo, y

<sup>1</sup> Ep. CXX.

<sup>2</sup> Genes. XXVIII, 16.

que solo gustan de leerla, interpretada y explicada por nuestros más grandes Doctores.

Mi libro, pues, no será otra cosa, sino la palabra de Dios, explicando la naturaleza por boca de los Gregorios, de los Ambrosios, de los Agustinos y de los Gerónimos.

De mi propio caudal, solo he puesto un pobre dechado, donde los textos de la divina Escritura se van enlazando con las doctrinas admirables de los Padres de la Iglesia; nada vale en sí, pero fijemos nuestras miradas en la seda y el oro del bordado, es decir: acostumbremos á no ver el mundo, sino como enriquecido y engalanado con el hermoso ropaje de los símbolos con que la palabra divina y el genio de los Padres han sabido adornarlo; que al presentarse el más pequeño objeto á nuestra vista, sea en lo sucesivo para nosotros motivo de un buen pensamiento y ocasion de un afecto santo; que todo nos incline y nos eleve hácia Dios, ya sea el cielo ó la tierra; ya la estrella que nos encanta con su brillo; ya la semilla que germina ó el arroyo que corre; en fin, que con motivo de todo lo criado, se desprenda de nuestros labios este grito de amor: *sursum corda*, "elevemos nuestros corazones" y entónces quedarán satisfechos mis deseos.

Diré una palabra solamente sobre el orden que he seguido en la distribucion de las materias, que forman el contenido de esta obra. He querido, ántes de todo, apartar hasta la sombra misma de una calificacion científica, que de ninguna manera pudiera convenir al objeto de este libro, que no es obra de ciencia sino puramente de piedad.

El bello cántico de Daniel que invita á todas las criaturas á alabar á Dios, y que comienza con estas palabras; *Obras del Señor, alabad al Señor*, me ha parecido muy propio, para servirme de él como de un hilo, que venga á unir las diversas materias que voy á tratar. Hilo en verdad de oro, y cántico verdaderamente sublime, en el que Daniel reúne á todas las obras de la creacion, como en un inmenso concierto para bendecir y alabar al Todopoderoso.

No obstante lo dicho, conviene advertir que este estudio por ningún título puede considerarse como una paráfrasis del expresado cántico de Daniel, puesto que este Profeta solo se limita á una enunciacion general de las obras del Señor, y mi interpretacion se extiende al pormenor de cada una de ellas. Además, yo me refiero únicamente á aquellos objetos creados que pueden prestarse á una explicacion simbólica. Así es que yo no hago mencion, por ejemplo, de los ánge-

les del cielo, por los cuales comienzan á enumerarse en el cántico las obras del Señor, ni ménos de las almas humildes y santas con que terminan y que vienen á ser acá en el mundo como la perfeccion y la corona de las obras creadas.

La segunda parte de esta obra, si me autoriza el público á presentársela, será exclusivamente consagrada á la multitud de símbolos que me ministrará con abundancia la *creacion animada*.

Al terminar esta introduccion, no puedo ménos de repetir que la novedad del asunto que trato me ha impuesto el deber de examinarlo muy paso á paso; deseando además que esta mina, á mi entender fecundísima y que apenas he podido desflorar en su superficie, sea beneficiada por otra inteligencia mejor que la mia.

La persona á quien me referí al principio de esta introduccion, ya no existe. . . . Jóven todavía, abandonó este destierro; mas escrutando hasta donde nos es posible y permitido los arcanos incomprensibles de Dios, todo nos inclina á creer que su alma está en el cielo. . . . Sí: ahora se arrobará mirando claramente, la realidad de los símbolos, que estando juntos aquí abajo, pretendiamos explicar; y sobre todas esas pasajeras armonías donde el Señor se nos aparecía como una sombra en las cosas creadas, estará lleno de gozo contemplando ya el rostro mismo de Dios en quien viene á condensarse todo lo grande, todo lo bello, y todo lo que aquí en la tierra arrebató nuestro amor.

## ESTUDIOS

## SOBRE EL SIMBOLISMO DE LA NATURALEZA INANIMADA.

## EL CIELO.

El cielo visible.—Dios en el cielo.—El cielo invisible.—Las Santas Escrituras.—Los Apóstoles y los Santos.—El Firmamento.—Jesucristo.—El cielo adonde debo encaminar mis pasos.—La vida celestial.—Maria.—La Eucaristia.

## I.

EN el principio crió Dios el cielo." <sup>1</sup>

Hé aquí la primera palabra de la Escritura Santa.

Antes que todo, contemplemos el cielo visible á donde elevamos frecuentemente nuestras miradas, ya sea que aparezca á nuestra vista con todo el esplendor de un hermoso día, ó que lo admiremos por la noche, recamado de rutilantes estrellas, él nos hablará, no solo á los ojos, sino lo que es más, á nuestro corazon. Su voz nos la hace conocer el Profeta Rey cuando dice:

"Los cielos cuentan la gloria de Dios." <sup>2</sup>

El ha creado el mundo para su gloria, así lo repiten las más humildes creaturas celebrando su poder: sin embargo, el espíritu del hombre se adhiere con especialidad más bien á la grandeza de la gloria, que á la hermosura de la obra, porque en ninguna parte mas que en los cielos, es donde Dios ha reunido las brillantes maravillas que son obra de sus manos. ¡Oh cielos, á vosotros pertenece cantar la gloria del Altísimo! *Cæli enarrant gloriam Dei.*

<sup>1</sup> Gen. I. 1.

<sup>2</sup> Ps. XVIII, 1.